

Sueños

de Joel Franz Rosell

Había una vez un hombre que soñaba. Soñaba mucho y tan intensamente que se convertía en la materia de sus sueños.

Fue así desde chiquito y sus padres se habituaron a encontrar en la cuna un conejito, un biberón o una pelota de lunares azules en lugar del niño dormido.

Cuando el hombre que soñaba se casó, lo primero que hizo fue sentarse en un borde de la cama matrimonial y decirle a su mujer: “a mí me pasa esto y lo otro”.

—Bueno —contestó ella—. A todo se acostumbra una cuando hay amor y confianza. Al principio les fue bien. La esposa hasta encontraba excitante despertar en medio de la noche y descubrir a su lado un enorme zapato con los cordones sueltos, un ramillete de flores relucientes de rocío o un unicornio de crines celestes.

Pero el hombre también tenía pesadillas y una noche fue despertado por los chillidos de su aterrorizada mujer.

Nunca podremos saber en qué se había convertido esa vez, pues ella a nadie lo dijo. El caso es que nuestro hombre, decidido a todo, fue a ver a un tío suyo que era médico, mago e inventor. —¡Bah, bah, bah; no es para tanto! —le respondió—. Mira, aquí tienes estas pildoritas: tómate una cada noche y sanseacabó.

Las píldoras eran cuadradas, transparentes como gotas de lluvia y, lo más extraordinario, llevaban dentro un hombrecito dormido. Cada vez que nuestro héroe se pusiera a soñar, el transformado sería el personajillo de la píldora.

Desde ese día, la esposa del soñador pudo descansar tranquila. Pero un mes más tarde, el que se había enfermado de pura tristeza era él.

—Antes, dormir era una linda aventura; ahora me paso la noche con la cabeza en blanco, es decir, en negro: mi sueño es como un televisor apagado.

Esta vez la que consultó con el tío médico, mago e inventor fue la mujer.

—Prefiero volverme insomne a que él viva como un pozo seco.

El tío sonrió y le dio unas palmaditas en la espalda: —Todo tiene solución cuando hay confianza y amor —sentenció, y le puso en la mano un frasco de píldoras estrelladas, transparentes, en cuyo interior giraban volutas de un vapor añil. —Tómate una siempre que vayas a dormir. Y dile a mi sobrino que suspenda el tratamiento que le indiqué.

Desde esa noche, el hombre volvió a soñar y a convertirse en zapato gigante, en ramo de flores, en unicornio de crines azules... y su mujer no tuvo despertares sobresaltados porque ella también soñaba: que era el pie que calzaba el zapato, el vaso que sostenía las flores, o la amazona de ojos marinos que, sin bridas ni fatiga, cabalgaba el unicornio.